

ACERCA DEL PROBLEMA DEL SENTIDO EN LO SOCIAL:

UNA LECTURA CRÍTICA DESDE LA *TEORÍA DE LA DISCURSIVIDAD* DE ELISEO VERÓN SOBRE WINCH, TAYLOR Y BOURDIEU.

Por Gastón Cingolani

Maestrando de la Maestría en Diseño de Estrategias de Comunicación

Introducción

Este artículo¹ pretende, aunque más no sea fragmentariamente, aportar a la construcción del marco conceptual de una investigación que realizamos², algunas de cuyas decisiones epistemológicas (metodológicas y conceptuales) intentaremos justificar en parte aquí. El objetivo, queremos aclarar, es el de asumir la defensa del punto de vista en nuestra investigación, más allá de la mera toma de posición en un debate, y desligarnos así de la suposición de una continuación natural por contaminación a través del objeto en común. Sin duda, ha sido Pierre Bourdieu quien realizó los trabajos más reconocidos en torno al *juicio de gusto*, lo que hace insoslayable la referencia tanto a sus aportes teóricos como a sus investigaciones de carácter empírico. Nuestro trabajo plantea un abordaje que toma elementos de la visión *bourdieana* pero le imprime una perspectiva que pretende profundizar en las cuestiones de la *producción social de sentido*. Retomando la contribución de Bourdieu en la construcción del *gusto* como un problema a ser tenido en consideración por las disciplinas sociales, sustentamos nuestras bases en un abordaje con especial atención a la dimensión significativa de lo social, cuya “fuente” es la teoría de la discursividad social, pronunciada en *La Semiosis Social* y comprendida entre varios otros textos de Eliseo Verón.

Es en ese sentido que este artículo se propone explorar, desde la perspectiva de la *teoría de la discursividad*, dos propuestas epistemológicas pasibles de ser tratadas desde nuestro interés: la de Peter Winch, relacionada con la “filosofía del lenguaje ordinario”, y una posterior en el tiempo, la de Charles Taylor, quien relee a Wittgenstein desde un lugar diferente que Winch y encuentra en Bourdieu la conceptualización que mejor encarna la visión *wittgensteiniana* de la conducta en sociedad. A continuación, agregamos en dicho examen la postura epistemológica del propio Pierre Bourdieu sobre la cuestión de lo significativo en la sociedad, cuyas teorías del *habitus*, de los espacios sociales y sus trabajos y consideraciones sobre el *gusto* se encuentran diseminadas en una cantidad considerable de textos, de los cuales hemos hecho una minúscula selección.

La exploración desde la que haremos confluír a estos autores gira en torno a tres interrogantes que han estructurado nuestra lectura de los textos. Estos interrogantes tienen por objetivo evidenciar para cada uno de estos autores algunas fronteras de sus principios epistemológicos, a la vez que plantear límites y diferenciaciones a la visión epistemológica sobre la que nos sustentamos. Esas preguntas son las siguientes:

- ¿cuál es el lugar de lo significativo en lo social: cuándo una acción, una conducta, etc. son significantes, y como se manifiesta el sentido?;
- ¿qué alcance, en relación a esto, se le da al lenguaje?; en otras palabras, ¿cómo se lo define?;
- ¿cómo se concibe cada una de las diferentes perspectivas la relación que construye el científico con los fenómenos sociales y qué carácter tienen sus descripciones de lo social?.

Los textos de los autores convocados son: de Peter Winch algunos capítulos de *Ciencia social y filosofía* (en adelante se citará como **PW** y a continuación el número de página en su edición castellana); de Charles Taylor, el capítulo “Seguir una regla” de sus *Argumentos filosóficos* (en adelante **CT** y el número de página en su edición castellana); de Pierre Bourdieu los siguientes capítulos de *La distinción: “El espacio social y sus transformaciones”, “El habitus y el espacio de los estilos de vida” y “La dinámica de los campos”* (en adelante **LD** y el número de página en su edición castellana); de *Sociología y Cultura: “La metamorfosis de los gustos”* (en adelante **SC** y el número de página en su edición castellana); de *Cosas Dichas: “Espacio social y poder simbólico”* (en adelante **CD** y el número de página en su edición castellana) y de *Respuestas. Por una antropología reflexiva, “La violencia simbólica”* (en adelante **WR** y el número de página en su edición castellana). Por su parte, haremos referencia a la teoría de la discursividad social de Eliseo Verón comprendida en *La Semiosis Social* (en adelante **SS** y el número de página en su edición castellana); y *Semiosis de lo ideológico y el poder* (en adelante **SI** y número de página en su edición castellana).

Winch: de Wittgenstein al análisis del lenguaje corriente.

Peter Winch supone que lo que da sentido a una acción es el hecho de seguir una regla. Para ello retoma el análisis que de ello hace Wittgenstein, incluso defendiéndolo de ciertas lecturas posteriores que han hecho algunos filósofos del lenguaje. Una acción –dice Winch con Wittgenstein– tiene sentido en la medida que sigue una regla; y en esto está implícito la posibilidad lógica de que la acción puede caer en el error. Si hay una regla, pues, puede haber error. Esta derivación lógica colabora además en la exclusión de la posibilidad de confundir una regla con una mera repetición mecánica. A su vez, dicha concepción incluye que esa regulación se sostiene en una convención social: es en función de alguna sanción y/o control que una regla cobra existencia. Sin caer en la banalidad de una suerte de arbitraje “real” permanente, en la cual en cada acto un testigo ha de sancionar cada acción como de acuerdo o contraria a la regla, esto en realidad ocurre de manera lógica. A su vez también tiene sentido en la medida en que el testigo puede “descubrir” la regla que está detrás de cada acción: esto involucra la posibilidad inscripta en la propia naturaleza simbólica del hombre de la reflexividad.

Apuntemos, no obstante, un par de citas para ilustrar lo resumido anteriormente, y encontramos en una posición:

Es sumamente importante advertir aquí que el hecho de continuar de un modo y no de otro, considerándolo algo natural, no tiene por qué ser una peculiaridad de la persona cuya conducta pretende constituir un caso de observancia de reglas. Su conducta pertenece a esa categoría solo si existe la posibilidad de que algún otro comprenda lo que está haciendo colocándose a sí mismo hipotéticamente en la situación de cumplirlas. [PW, 34]

Consideremos ahora qué está involucrado en el cometido de un error (lo cual implica considerar qué está involucrado en el hacer algo correctamente). Un error es una contravención de lo que se ha establecido como correcto, y, por lo tanto, debe ser reconocible como tal. (...) El hecho de establecer una norma no es una actividad que se pueda adscribir a cualquier individuo completamente aislado de otros, ya que sólo el contacto con estos últimos posibilita el control de las propias acciones, control inseparable de una pauta establecida. [PW, 35]

En este punto, debemos decidir qué lugar tiene en esto el lenguaje (recordemos que Winch llega hasta aquí al retornar a Wittgenstein y su intento de análisis de lo que es *seguir una regla* a fin de abordar la naturaleza del lenguaje, desde el problema de la “mismidad”). En Winch el lenguaje aparece como una manifestación del “mundo” de lo social: el análisis de las palabras, de los enunciados, y de los conceptos que un grupo construye darían como resultado un reflejo de la vida particular del grupo. El propio lenguaje y las relaciones sociales son «dos caras de la misma moneda» [PW, 114]. El autor considera que el significado de una palabra es su uso, tal como reza el *slogan* de la escuela de Oxford, «y esta descripción implica la del intercambio del cual forma parte» [PW, 114].

La importancia que Winch le da al estudio de los conceptos que una sociedad construye se separa de dos cuestiones: por un lado, y en esto señala a Durkheim y a von Wiese, considera que no es posible un estudio que no contemple las «nociones» de los participantes de los grupos sociales a cambio de focalizar en causas más profundas e inconscientes. Analizar las categorías de los sujetos de una comunidad da como resultado el conocimiento que esa comunidad tiene de la realidad. [cf. PW, 28]

Por otra parte, Winch se ve muy preocupado en diferenciar ello de un cierto “materialismo” o “fisiqismo”, al punto de asimilar a todas las conductas (las que «expresan ideas discursivas y aquella[s] que no lo hace[n]») a una categoría general que se distingue de «la de interacción de fuerzas físicas» [PW119]. Pero lo que hace en ese movimiento es suponer: (a) que algunas conductas pueden reducirse a “ideas discursivas” (lo cual no explica en qué términos pueda ser eso realizado: ¿tal vez que puedan traducirse a un enunciado lógico?); (b) que hay una distinción entre conductas reducibles a ideas discursivas y conductas que no (¿cómo se da esa diferenciación?); (c) que, finalmente, si alguna idea de *sentido* o de *simbólico* en la conducta asoma en el planteo de Winch, lo hace involucrando una «analogía» entre ambas sub-categorías (conductas reducibles, conductas no-reducibles) pero separándose de lo físico³.

Sobre nuestra tercer pregunta sólo apuntaremos lo que Winch respondería acerca del estatuto de la relación del científico con los fenómenos sociales (sobre la cuestión de las reglas volveremos en el final).

Winch propone una suerte de mecanismo de control: si bien el científico social puede no utilizar para describir una comunidad las categorías de esa comunidad en estudio (por ejemplo, el economista que describe con el término “preferencia de liquidez” a un tipo de intercambio entre empresarios, o el psicoanalista que describe una conducta de un paciente como “neurótica” sin que éste tenga idea de lo que una neurosis es en términos técnicos), sí supone la comprensión previa de las mismas: el científico debe manejar las categorías y los usos que de ellas hace la comunidad que estudia. Esto tiene como derivación que los conceptos del científico no pueden ser traspoladas sin más a comunidades diferentes [cf. PW, 85].

Taylor: entre Wittgenstein y Bourdieu.

En Charles Taylor podemos leer cierto planteo del sentido en lo social cuando explica que en una gran cantidad de casos las acciones de los sujetos son «dialógicas» (que, por oposición a las «monológicas», son aquéllas en las cuales hay alguna co-participación entre más de un único sujeto), lo cual implica, pues, una acción-en-sociedad. La capacidad del sujeto de seguir las reglas sobre el trasfondo sobre el cual realiza las acciones de manera «dialógica», dice Taylor, está «encarnada»: no se aloja en “representaciones” ni en pensamientos, tal como se lo ha intelectualizado por algunas corrientes, sino que está inscrito en el cuerpo. La lectura de Taylor sobre Wittgenstein es que seguir una regla es – en estos términos más “físicos”– una práctica social comprendida y que esto se articula –haciendo su lectura aquí de P. Bourdieu– desde el cuerpo del sujeto. Ello justificaría el argumento del autor de que la gran mayoría de las acciones son dialógicas y que las reglas no son fórmulas que se siguen mecánicamente sino que se actualizan y transforman en cada nueva acción del sujeto. Taylor encuentra en el concepto de *habitus* de Bourdieu la noción adecuada para la descripción que hacen las ciencias sociales sobre las acciones de los sujetos.

En ese sentido, Taylor incluye al lenguaje como una acción en común más, que establece espacios sociales, y que no escaparía entonces al conjunto de las distintas acciones dialógicas cuyo soporte es el propio cuerpo del sujeto.

El científico social no debe, según la lectura que Taylor hace de Bourdieu, considerar que esas reglas son la causa de las acciones: las reglas, en tanto fórmulas, «sólo existe[n] en el tratado del antropólogo». Perder de vista tal cosa sólo provoca una reificación de las reglas, lo cual trae aparejado la desatención de rasgos fundamentales en el análisis de las acciones, y la omisión de la reciprocidad entre las reglas y las acciones.

Bourdieu: representaciones subjetivas, simbólico y *habitus*.

Para responder la pregunta acerca de las cuestiones sobre el sentido en Pierre Bourdieu, debemos comenzar por atender que el autor considera importante dar cuenta de las «representaciones subjetivas» [CD, 130] en la medida en que se las toma como una instancia en relación dialéctica con las condiciones objetivas de existencia. Las construcciones que del mundo hacen los agentes son percepciones y representaciones bajo una coerción estructural, las cuales a su vez ocultan esa coerción, dotándola del carácter de “natural”: las construcciones de los agentes a la vez que expresan su lugar social como natural, ocultan el carácter histórico de tal construcción y el carácter coercitivo de sus condiciones objetivas. No debe soslayarse tampoco que funcionan convenientemente como un mecanismo de reproducción de esas condiciones de existencia. Como salvedad contra una apariencia mecanicista y meramente reproductivista de la cuestión, Bourdieu acota:

Pero los objetos del mundo social, como lo indiqué, pueden ser percibidos y expresados de diversas maneras, porque siempre comportan una parte de indeterminación y de imprecisión y, al mismo tiempo, un cierto grado de elasticidad semántica [CD, 136]

Es en este contexto que el componente «simbólico» aparece en los textos de Bourdieu. Es importante aclarar que en Bourdieu no aparece jamás «simbólico» a solas, sino que la partícula es siempre parte de términos compuestos tales como «capital simbólico», «violencia simbólica», «poder simbólico» entre otros⁴. Evidentemente, a la cuestión de la significación en lo social a Bourdieu le da una importancia ambivalente: por un lado, aparece como aspecto considerable en su descripción de la dinámica social, pero siempre aparece en relación de dependencia a la cuestión económica o material, o en términos de pugnas sociales.

Por su parte, el uso de “simbólico” como *adjetivo* debería suponer que hay “capitales”, “violencias”, “poderes”, etc., etc., que *no son simbólicos*. Y, si bien no se halla en estos textos una definición deliberada de “simbólico” en Bourdieu, vemos sí que algunas entidades (“violencia”, “capital”, “poder”) podrían, pues, *no ser simbólicas*: la «violencia simbólica», por ejemplo, en un análisis sobre un trabajo etnográfico por él realizado, se distingue de la «violencia político-policíaca» [cf. WR, 119].

No podremos, en el caso de Bourdieu, cerrar la respuesta a la pregunta sobre el sentido sin involucrarnos en el segundo interrogante, el del lugar que ocupa el lenguaje. El lenguaje aparece en Bourdieu como estructurando clasificaciones. El autor atiende a las expresiones lingüísticas en tanto manifestación de las clasificaciones, muchas de las cuales se ejemplifican en sus textos como oposiciones duales:

(...) expresan el estado de las relaciones de poder simbólico: pienso por ejemplo en las parejas de adjetivos: pesado/ligero, brillante/apagado, etc., que estructuran el juicio de gusto en los dominios más diversos. [CD, 136]

Las clasificaciones sociales, como es el caso de las sociedades arcaicas, que operan sobre todo a través de oposiciones dualistas, masculino/femenino, alto/bajo, fuerte/débil, etc., organizan la percepción del mundo social y, en ciertas condiciones, pueden organizar realmente el mundo mismo. [CD, 140]

El lenguaje para Bourdieu es un espacio donde se legitiman las relaciones de poder. Es desde el lenguaje donde se asientan y legitiman las clasificaciones que construyen como “naturales” las

propiedades de los agentes en el mundo. En ese sentido Bourdieu no sólo ejemplifica con vocablos en pares de oposiciones el modo en que se dan ciertas clasificaciones y se construyen las propiedades, sino que toma expresiones de materia lingüística para ver en ellas cómo al clasificar a los otros o al mundo, un agente se clasifica a sí mismo. Bourdieu comprende que la elección de cada expresión lingüística tiene una carga impresa, de valor distintivo, por un determinado estilo de vida (por ejemplo, la palabra «manera» para referir a «conducta» [LD, 192]). Esta cuestión tiene sus consecuencias metodológicas, tal como lo expone en sus textos, en los cuestionarios y encuestas realizadas para su investigación sobre los gustos en la sociedad francesa.

Los grupos se delimitan por completo –con todo lo que los contrapone a los otros grupos– en las palabras corrientes en que se expresa su identidad social, es decir, su diferencia.
[LD, 192]

En continuidad con ello, y en un intento de crítica a la lingüística saussuriana, se opone entonces a la idea de la lengua concebida como un “tesoro universal”, al cual todos los hablantes de una comunidad echan mano sin diferenciación. Bourdieu entiende que la lengua es –justamente– todo lo contrario a eso: es un espacio en el cual se estructuran las diferencias, y que cada palabra o enunciado lingüístico por parte del hablante es un intento clasificatorio del mundo, a la vez que un movimiento auto-clasificador. Por ende, es un espacio de lucha y de poder, al cual no todos tienen el mismo acceso, ni las mismas legitimidades ni las mismas posibilidades de apropiación del «capital lingüístico».

Pero, aquí aparece un hecho decisivo: para Bourdieu las legitimidades de los hablantes, el poder de que sus palabras construyan de una manera (y no otra) la realidad, y que en su efectividad sea esa construcción y, no obstante, lo sea de manera disimulada, no proviene de las propias palabras ni tampoco de los propios actos de habla, sino «de fuera»: del entramado de relaciones sociales que se dan en el espacio de las posiciones sociales que estructuran que determinados sujetos estén legitimados para tomar la palabra, y para dar forma a las representaciones del mundo [cf. WR, 106].

Se lee así en Bourdieu un intento de plantear una cierta continuidad entre las prácticas lingüísticas y el resto de las prácticas sociales. Es en el marco de todas las prácticas que se debe observar cómo el *habitus* de clase se expresa también en el *habitus* lingüístico.

Cerrando el círculo iniciado al principio, es el *habitus* lo que –si nuestra lectura es correcta– da sentido a las acciones de los sujetos. El *habitus* como articulador del agente con la sociedad, en el entrecruzamiento de los distintos espacios sociales, donde el lenguaje –tal como lo define Bourdieu– juega un papel importante, pero cuya importancia deberemos resolver en la respuesta a la tercer pregunta: la del papel de las construcciones que el científico social hace de su comunidad en estudio.

Bourdieu expone que su tarea como sociólogo consistió en ir más allá del antagonismo entre las «estructuras objetivas» y las «representaciones subjetivas», intentando entre ambos espacios organizar estructuras de relaciones, puesto que es en esas relaciones que se halla la realidad social: la realidad social para Bourdieu tiene la forma de un entramado de posiciones, las cuales se definen

...por relación a las otras, por la proximidad, la vecindad, o por la distancia, y también por la posición relativa, por arriba o por abajo, o también, entre, en medio. La sociología, en su momento objetivista, es una topología social. (...) Ese modo de pensamiento relacional está en el punto de partida de la construcción presentada en La distinción. [CD, 130]

No obstante, y para el caso de Bourdieu es importante dar espacio a las aclaraciones, dada la cantidad de acusaciones que han pesado sobre sus exposiciones teóricas, que esos “mapas” del sociólogo no son otra cosa que abstracciones.

El malentendido en la lectura de los análisis que propongo, especialmente en La distinción, resultan, pues, del hecho de que las clases en el papel corren el riesgo de ser aprehendidas como grupos reales. [CD, 131]

El autor apoya toda su fe sociológica en la eficacia y la evidencia que estos diagramas proveen por el hecho mismo de entender que en “la realidad” justamente estas posiciones «son escondidas» [CD, 130]. Para Bourdieu los empiristas se encuentran con la problemática que la evidencia tangible de la realidad (hecha *prueba* en los relevamientos de campo de los etnometodólogos, por ejemplo) lejos de ser la garantía manifiesta de las relaciones sociales, es –por el contrario– su ocultamiento. Y que algo de ello ocurre también con las manifestaciones lingüísticas plasmadas a través de cuestionarios. El lenguaje, pues, para Bourdieu guarda los mismos riesgos y caracteres de expresión del *habitus* que el resto de las prácticas simbólicas.

En realidad, las distancias sociales están inscritas en los cuerpos, o, con más exactitud, en la relación con el cuerpo, el lenguaje y el tiempo (otros tantos aspectos estructurales de la práctica que la visión subjetivista ignora). [CD, 132]

La postura de Verón. Winch, Taylor, Bourdieu y una inter-lectura desde la teoría de la discursividad.

A Verón el sentido sólo le interesa en tanto social: esto está contenido en su *teoría de la discursividad*, según la cual sólo es posible el análisis de la producción de sentido en relación a las condiciones sociales en que se produce. Al respecto no entra en contradicción con lo que tanto Winch como Taylor recuperan de Wittgenstein: que las reglas y las prácticas se dan siempre en relación social. Pero veamos algunas diferencias: recordemos que Winch propone una forzada distinción entre «conductas que expresan ideas discursivas y aquellas que no lo hacen», sobre la que ya hemos hecho algunas observaciones y cuestionamientos. Por su parte, Taylor nos acerca otra distinción: la que divide acciones monológicas de acciones dialógicas, para justificar y sostener la hipótesis de que éstas, en su mayoría, implican algo (desde nuestra lectura: un sentido) social y no meramente individual. Sin embargo, esa distinción es problemática en sí misma: ¿hay alguna acción que *no sea social* aún cuando tal vez no cumpla con la premisa de ser “dialógica”?; a su vez, ¿se puede concebir una acción “monológica”, esto es, fuera de toda secuencia que involucre a otro sujeto? Taylor intenta, con su distinción, romper con la idea de un sujeto-en-sí al proponer que las propiedades de un sujeto son en-relación-con otros sujetos... Lo que creemos que ocurre es (algo que parece hoy una obviedad) que un sujeto *intrínseco* es inconcebible, por lo que las distinciones entre «monológico» y «dialógico», entre acciones en sociedad y

acciones que «involucran un sólo agente», y entre sujetos intrínsecos y sujetos que se definen por su/s posición/es social/es, todas ellas resultan (al menos) excesivas.

En esa misma dirección está lo que por momentos Bourdieu supone acerca de ciertas cuestiones de la significación: que se trata de fenómenos subjetivos. Es aquí donde la *teoría de la discursividad* se aparta de muchas otras que incluyen alguna concepción de lo significativo en la sociedad. Atendamos, pues, algunos de los postulados de Verón:

En el funcionamiento de una sociedad, nada es extraño al sentido; el sentido se encuentra en todas las partes. [SI, 14]

Toda producción de sentido es necesariamente social, ya que no se puede describir ni explicar satisfactoriamente un proceso significativo, sin explicar sus condiciones sociales productivas; todo fenómeno social es, en una de sus dimensiones constitutivas, un proceso de producción de sentido, cualquiera que fuere el nivel de análisis. [SS, 125].

La significación, pues, para Verón no es un fenómeno subjetivo⁵: el sentido es siempre *social* y todo lo social tiene una dimensión *significante* (lo que no es lo mismo que decir que todo lo social se reduce a lo significativo). En esto se distingue de una parte del posicionamiento de Bourdieu: tal como él mismo lo expone, éste sienta su posición entre medio de dos visiones: una «objetivista», la de la descripción de las «estructuras objetivas», adherida a un cierto «fiscalismo», y una «subjetivista»: la de las «representaciones», cercana a un «psicologismo (que puede tomar diversos matices, fenomenológico, semiológico, etc.)» [CD, 128]. La visión bourdieana plantea que la explicación de lo social está en el sistema de relaciones entre estos dos aspectos.

Lo que Bourdieu sostiene aparece tal vez como un rezago de teorías y corrientes que concibieron a la significación como interna, subjetiva, inmaterial y mental (muy cercana a lo psicológico): pero nada está más lejos de una teoría social de la producción de sentido.

En lo discursivo, el sentido siempre se manifiesta en un soporte material: el sentido no es de naturaleza “ideal” o “etérea”, oponiéndose dialécticamente a lo “concreto” o a lo “material”. Para la teoría de Verón, la discursividad es una ocurrencia espacio-temporal, en la que ciertas reglas sociales invisten de sentido a la materia. El sentido se manifiesta siempre materialmente. A su vez, esa materialidad no es jamás homogénea: no descansa, por ejemplo, sólo en actos o expresiones lingüísticas, sino que es siempre «translingüística», operando en la combinatoria de distintos soportes (palabra-gestualidad, sonido-imagen-texto, etc.) [cf. SI, 22; SS, 126-127].

Otro aspecto relacionado con el lugar del sentido en Bourdieu es el carácter de “simbólico”, de frecuente aparición en sus textos. Al revisar el concepto de “simbólico” en Bourdieu, nos encontramos con que se trata de un tipo de apropiación, acumulación y/o pérdida, en muchos de los casos, a través de una «violencia», por la que se legitiman o des-legitiman las relaciones de poder. Pero, no queda explícito ni aclarado qué clase de existencia tienen esas entidades cuando no son simbólicas.

También “simbólico” aparece como un tipo de capital:

Esos poderes sociales fundamentales son, según mis investigaciones empíricas, el capital económico, bajo sus diferentes formas, y el capital cultural, y también el capital simbólico,

forma que revisten las diferentes especies de capital cuando son percibidas y reconocidas como legítimas. [CD, 131]

Esta distinción, la del capital simbólico que se discrimina del económico y del cultural, aparece constituyendo una suerte de macro-especie que engloba a estas últimas. Ahora bien, la posibilidad de ser de ese «capital simbólico» parece estar condicionada a la legitimación social. En ese caso, no sería simbólico aquello no legitimado. ¿Qué clase de existencia social tiene algo no-legitimado? ¿una existencia de carácter *no simbólico*? Esto tampoco aparece aclarado.

También encontramos que Bourdieu, al definir el *gusto* como «una propensión y aptitud para la apropiación (material y/o simbólica) de una clase determinada de objetos o de prácticas enclasadadas y enclasantes» [LD, 172-3], alberga una distinción entre «apropiación simbólica» y «apropiación económica», la cual no queda esclarecida, generando así la misma duda que los casos anteriores, y es la siguiente: ¿es pensable una violencia no-simbólica? [cf. WR, 116-119]; ¿es posible una apropiación no-simbólica de algún tipo de bienes, o la distinción respecto de la apropiación material pasa por la misma entre la de “lo físico” y “lo ideal”, o “lo material-objetivo” y “lo representacional-subjetivo”? En última instancia nos podríamos quedar con que el «capital simbólico» (con sus sub-especies «económico» y «cultural»), como categoría de *lo legitimado*, se podría oponer a *lo no-legitimado*, por ende, *sin existencia socialmente convenida* (esto, cabe aclararlo, es mera interpretación nuestra: Bourdieu no especifica nada).

En la pregunta acerca del lenguaje, Winch, recordamos, considera que el mundo social se conoce a través del análisis de las palabras, los enunciados y las expresiones de orden lingüístico, otorgándole a estos un privilegio por sobre cualquier otra manifestación social. Taylor, por su parte, postula una visión desplazada (como en un movimiento de traslación) respecto de la de Winch: el lenguaje aparece como un espacio más (inclusive menciona a la conversación entre las acciones claramente «dialógicas») de manifestación del mundo de lo social; pero, en todo caso, la insistencia de Taylor es la de *re-centrar* esta manifestación en *el cuerpo* de los agentes sociales: ya no sería la palabra la manifestación privilegiada, sino el soporte donde se *hace carne* la regla social, que es el *cuerpo*. Respecto de estas posturas, vemos que la teoría de la discursividad, tal como lo señaláramos más arriba, se plantea trascendiendo esta distinción: es «translingüística». El lenguaje *lingüístico* no aparece sino siempre inserto en «paquetes de materias significantes» heterogéneas, sin privilegiar ninguna materialidad por sobre el resto para ser soporte de significaciones sociales, tal como lo describimos más arriba. No tan lejos, en Bourdieu el lenguaje es otro espacio de lucha por la legitimación, en la medida en que el lenguaje funciona a la manera de estructuras de clasificaciones; pero en ese sentido, el autor lo sitúa también en continuidad con otras prácticas: la vestimenta, las preferencias alimenticias y cosméticas, el mobiliario, las actividades deportivas, etc. [cf. LD, 205; CD, 134; WR, 106]. Sin embargo, de acuerdo a nuestra lectura, para Bourdieu estas prácticas, estos bienes, *clasifican* o *enclasan* (depende de la traducción) biunívocamente: si un agente tiene o hace “X” actividad o bien (en distintas

combinaciones de capitales económicos y culturales), tiene “Y” posición en el campo, y el principio explicativo de ese vínculo biunívoco es el *habitus* (cuyo motor en lo referido a la problemática del gusto es la *distinción*: el movimiento de distinguirse está incorporado como *habitus* en las prácticas enclasantas). ¿Se agota el análisis de esas prácticas significantes en el vínculo biunívoco de la clasificación por el *habitus* y la distinción? Está claro que no. Tal vez, ni el mismo Bourdieu defendería tal cosa.

Últimas respuestas.

Winch plantea que las reglas que describe el científico social van a dar como resultado detalles acerca de qué mundo se construye al interior de una sociedad: las reglas aparecen en tanto que convenciones sociales que sirven para describir el sentido de las acciones. Y es por eso que el observador de la sociedad para Winch debe ocuparse de las categorías que utilizan los agentes, pues lo propone desde un afán analítico que dé cuenta del conocimiento y la relación que tienen (o establecen) los agentes con «la realidad».

La descripción que Taylor hace del *habitus* bourdieano es el de una estructura *encarnada* de reglas (no necesariamente formuladas) que, según su lectura, no opera como *causal* de las acciones de los agentes, sino como norma «que anima» las prácticas. No es nuestra intención entrar en un debate sobre cómo interpretar esto en Bourdieu –en torno a si el *habitus* como principio explicativo aparece o no por momentos como una reificación de la regla, y si guarda o no una relación causal con las prácticas⁶–. Sí, sin embargo, nos interesa señalar una cuestión. Nuestra lectura nos condujo a enfrentarnos a una suerte de constante en torno a la descripción de las reglas, y es la siguiente: en las visiones de corte más *sociologista* (como la bourdieana, y defendida también en este caso por Taylor) las reglas suelen aparecer descriptas como *normatizadoras* de las prácticas⁷. Por el contrario, en la visión de teorías de raíz *semiótica* (como es el caso de la propuesta por Verón), las reglas aparecen siempre como *productivas*: son reglas que, en su conjunto, describen cómo *se produce* sentido en la sociedad (y no cómo *se prescribe* que debe producirse el sentido).

Sobre esta distinción a la que nos condujeron las lecturas de los textos, sustentamos nuestra investigación de las *condiciones de reconocimiento* en los discursos de televidentes, con una vocación de describir allí, a partir de juegos de regularidades y desvíos, los sentidos producidos por esos discursos y esas prácticas, antes que ver en ellas el reflejo de coerciones «estructurales»⁸.

Notas y referencias:

Bibliografía

Bourdieu, Pierre, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988. (*La distinction*, París, Minuit, 1979).
-----, *Cosas Dichas*, Buenos Aires, Gedisa, 1988 (*Choses dites*, París, Minuit, 1987).
-----, *Sociología y Cultura*, México, Grijalbo, 1990. (*Questions de sociologie*, París, Minuit, 1984).
----- y Loïc Wacquant, *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995. (*Reponses: pour une Anthropologie Reflexive*).

Taylor, Charles, *Argumentos filosóficos*, Barcelona, Paidós.

Verón, Eliseo, *La Semiosis Social*, Gedisa, Barcelona, 1993 (*La sémiotique sociale. Fragments d'une théorie de la discursivité*, París, Presses Universitaires de Vincennes, 1988).

-----, *Semiosis de lo Ideológico y del Poder / La mediatización*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Oficina de Publicaciones del CBC, U.B.A., 1995 ("Sémiotique de l'idéologie et du pouvoir", *Communications*, 28 : 7-20, París, 1978).

Winch, Peter, *Ciencia social y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990. (*The Idea of a Social Science and its Relation with philosophy*, Routledge & Kegan Paul, 1958).

¹ Presentamos aquí, con leves modificaciones, el trabajo final titulado «Winch, Taylor, Bourdieu y Verón:

una inter-lectura desde la *teoría de la discursividad*.» presentado para el seminario Epistemología de las Ciencias Sociales dictado por la prof. Graciela Barranco, en la Maestría en Cs. de la Comunicación.

² La investigación (que se realiza con una beca de la U.N.L.P. bajo la dirección del Dr. E. Verón y el prof. R. Barreiros) es un trabajo empírico sobre las *condiciones de reconocimiento* de dos canales de noticias, lleva por título "*Condiciones de reconocimiento de los canales de noticias «Todo Noticias» y «Crónica TV»: Indagaciones sobre los consumos culturales y los prejuicios de gusto sobre los llamados periodismo «serio» y periodismo «sensacionalista»*", y es el tema de mi tesis en la Maestría en Cs. de la Comunicación (UNR).

³ «Pero no existe una clara separación entre la conducta que expresa ideas discursivas y aquella que no lo hace, y esta última es tan semejante a la primera como para considerar, necesariamente, análogas a ambas. Así, incluso en el caso en que resultara forzado decir que un tipo dado de relación social expresa ideas de una naturaleza discursiva, todavía se aproximaría más a esa categoría general que a la de interacción de fuerzas físicas.» [PW, 119]

⁴ Un recorrido exhaustivo a lo largo de varios de los textos de Bourdieu nos dio la siguiente nómina (muy significativa, por cierto) de palabras que, en carácter de sustantivos, componen términos junto a *simbólico*, que acompaña en carácter de adjetivo: *bienes, propiedades, valor, apropiación, beneficio, poder, lucha, fuerza, sistema, dominación, revolución, expresión, espacio, sub-espacios*, además de los mencionados arriba. (cf. Bourdieu, *op. cit.*)

⁵ No deberíamos detenernos en las consideraciones sobre el concepto de *sujeto* en Verón; pero agregamos que ni siquiera para su teoría el *sujeto* es una unidad de análisis.

⁶ Citamos uno de los pasajes en el que se nos genera la duda de lo que Taylor defiende: «*Los estilos de vida son así productos sistemáticos de los hábitos que, percibidos en sus mutuas relaciones según los esquemas del hábito, devienen sistemas de signos socialmente calificados (como "distinguidos", "vulgares", etc.)*.» [LD, 171-172].

⁷ Este planteo no desconoce la elogiosa lectura que hace Taylor sobre Bourdieu en la que las reglas del *habitus* aparecen como descripción y no como causantes. Sin embargo, no planteamos esto a pesar de sino *alentados por* nuestra lectura de ambos.

⁸ Esto se relaciona directamente con la postura de la teoría veroniana, que se pretende como más allá –y por fuera de– la oposición clásica entre las posturas «internalistas» (como la de Winch) y las «externalistas» (como la bourdiana) [cf. SS, 127-128].